

Lázaro, el antihéroe

Crecer no es fácil. La realidad se encarga de sembrar a nuestro paso, y en cada nueva edad, obstáculos que hemos de vencer. Infancia, adolescencia, juventud, madurez... Cada etapa supone un nuevo reto en el que todos, como el protagonista de esta novela, hemos de aprovechar las experiencias pasadas y convertirlas en un aprendizaje que nos permita romper los límites que hallemos a nuestro paso. Por eso, Lázaro es uno de los grandes íconos de nuestra literatura: un personaje humilde que encarna la lucha por sobrevivir y desafía a un entorno hostil donde otros gozan de unas ventajas de las que él carece:

«Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, paresciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto».

Prólogo

Lázaro no está dispuesto a ser menos por el hecho de que la fortuna no haya sido tan generosa con él. Así pues, desde el inicio de esta novela, escrita en forma de una larga carta, se nos deja ver con claridad cuál es su intención: demostrarnos el mérito de quien, sin más ayuda que la de su «fuerza y maña», consigue progresar. La sociedad en la que se desenvuelve el personaje está marcada por el origen: el nacimiento condiciona las opciones vitales, que se reducen a seguir el camino trazado por un sistema donde el individuo ha de asumir un destino que solo favorece a unos pocos. Sin embargo, nuestro protagonista no está dispuesto a contentarse con las migajas que le ofrece la realidad y se valdrá de su inteligencia y astucia para sacar provecho de cuanta situación se presente en su camino. El hambre, su principal motor, es también su mayor fuente de inspiración: solo su ingenio podrá salvarle de la ruindad de quienes le rodean. Y, en especial, de la mezquindad y el egoísmo de quienes, como el sacerdote de Maqueda, se supone que deberían ser mucho más generosos:

«Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que ternía en substentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí».

Tratado II

Los métodos de Lázaro no son –en absoluto– los propios de un héroe y, sin embargo, nos resulta imposible no sentir simpatía hacia este personaje gracias a su humanidad y al magnífico retrato que se nos hace de él a lo largo de la novela. Se nos describe a alguien tan cercano, tan reconocible y tan universal que todos vemos en su relato un reflejo de ese niño ingenuo que fuimos y de la persona que ahora somos:

«—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rio mucho la burla.

Paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba».

Tratado I

Como le sucede a Lázaro, también nuestro carácter y nuestra personalidad se ven influidos por cuanto vivimos y, al igual que le ocurre a él en compañía del ciego, del clérigo o del escudero, todos somos más o menos conscientes de que las personas que nos rodean contribuyen a la construcción de nuestra identidad.

Lejos del héroe épico, presidido por valores como el honor, Lázaro se presenta ante nosotros como el espejo perverso de esa figura modélica: su motor es la supervivencia; sus armas, el ingenio y el engaño. Con él se funda definitivamente un género esencial en la literatura española, la picaresca, donde se relatan historias de personajes que hacen de la mentira y de la estafa su forma de vida. Se trata de novelas que no solo pretenden divertir al lector, sino que también ofrecen un

amplio y crítico mosaico de la sociedad de su tiempo. A este género pertenecen títulos tan célebres como el *Buscón*, de Francisco de Quevedo, o el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, y otras piezas protagonizadas por pícaras, como *Las harpías en Madrid*, de Alonso de Castillo Solórzano, o *La pícaro Justina*, de Francisco López de Úbeda, que ponen de manifiesto la dificultad de la mujer para abrirse camino en la sociedad de los siglos XVI y XVII.

Humor, aventura, intriga... Todo ello forma parte de la historia que se nos cuenta en el *Lazarillo*, un libro en el que detrás de cada anécdota late una crítica hacia la hipocresía y la injusticia social, además de una reflexión sobre nuestra propia vida: ¿qué hace que seamos como somos? ¿En qué momento abandonamos la infancia y nos convertimos en adultos? La peripecia de Lázaro podría servir como una expresión simbólica de esa etapa de cambio, de esa transición dolorosa y fascinante a un mismo tiempo que es la adolescencia: el Lázaro niño aprende con el ciego los trucos que el Lázaro adolescente aplicará con sus amos posteriores, ya sea para engañarlos –como en el caso del clérigo– o para protegerlos –como al escudero, con quien establece una relación que roza lo entrañable.

En este sentido, el *Lazarillo* forma parte de uno de los géneros literarios más universales: el llamado *Bildungsroman* o novela de formación, al que pertenecen aquellas novelas que abordan el tema del crecimiento y del paso de la infancia a la madurez. Novelas juveniles del siglo XXI como *Ventajas de ser un marginado*, series como *A dos metros bajo tierra*, cómics como *Fun home* o películas como *Boyhood* son solo algunos ejemplos de este subgé-

nero. Esa evolución del protagonista es, precisamente, el rasgo que nos permite considerar el *Lazarillo* como la primera novela –o *protonovela*– moderna. Es cierto que no cuenta con la complejidad formal del futuro *Quijote*, pero ya se trata del primer texto narrativo en el que los personajes rompen los límites del cliché y se convierten en seres humanos con sus miserias, grandezas y contradicciones.

¿Lázaro es héroe o villano? Ninguna de las dos cosas, resulta imposible simplificar y resumir en una única categoría a alguien tan vivo y tan complejo como él. Lázaro representa, con todas sus luces y sus sombras, al antihéroe, a ese individuo perdido en una sociedad que le oprime y donde no acaba de encontrar su lugar. Alguien que, como cualquiera de nosotros, tiene que encontrar el modo de hacer oír su propia voz, aunque las circunstancias no se lo pongan fácil. Aunque no haya nacido en el mejor de los mundos ni con las mejores de las opciones. Porque más allá del determinismo social que podría haber condenado al personaje a un destino miserable, se alza su fuerza y su deseo de cambiar esa suerte y torcer ese obstinado destino. Una lucha que no resulta fácil y que, en el caso de Lázaro, se resuelve de forma ambigua e irónica. En suma, una batalla que, si seguimos el consejo del prólogo y remamos con «fuerza y maña», quizá hallemos el modo de vencer.

Nando López

Lazarillo de Tormes

Anónimo

PRÓLOGO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas¹, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena²»; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello, y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto. Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus

vengan a noticia
sean
conocidas

para
hace
echar a mal
desperdiciar

trabajo
aquí, esfuerzo

1. Para suscitar el interés del lector, se alude al carácter excepcional de los sucesos que se van a relatar a continuación, un tópico literario de la época.

2. Esta sentencia, muy citada durante los Siglos de Oro, fue atribuida por Plinio el Joven –poeta latino del siglo I– a su tío, Plinio el Viejo (23-79 d. C.), el prestigioso científico romano que recopiló notables investigaciones sobre fenómenos naturales en su célebre obra *Naturalis historia*.

obras y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes³».

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y, así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencial!». Justó muy ruinmente el señor don Fulano y dio el sayete de armas al truhan porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas⁴: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va desta manera; que, confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo⁵ escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced⁶ reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se

3. Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.): orador y político romano. Mediante la cita de autoridad, el narrador explicita la intención de la obra: alcanzar la fama literaria.

4. *dio el sayete de armas al truhan porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas*: «regalaba el sayete al bufón porque lo adulaba diciéndole que había peleado muy bien».

5. La *nonada* y el *grosero estilo* se relacionan con la triple división de la retórica tradicional: estilos humilde, mediano y sublime. El estilo humilde es acorde a la extracción social del picaro. No obstante, el comentario está cargado de ironía y de falsa modestia.

6. *Vuestra Merced* es un receptor desconocido. El relato en primera persona de Lázaro y esta interpelación directa son los elementos clave que marcan la estructura epistolar de la obra.

presentado
teólogo que
espera el
grado de
maestro
(doctor)
justó
combatió en
una justa o
torneo
sayete
de armas
sayo corto
y pequeño
debajo de la
armadura
nonada
menudencia,
cosa sin
importancia
grosero
rústico
hayen parte
participen
se huelguen
se alegren, se
diviertan
fortunas
desgracias